

en favor de los señores del territorio tanto por el terreno mismo como por otras ventajas que se les concedían. Ya en estas pocas palabras se bosqueja la posición jurídica de la comunidad rural rusa, en abierta contradicción con la servidumbre antigua y con el despotismo de la corona. Esta contradicción ha existido en Rusia en todo tiempo y existe todavía a pesar de la abolición de la servidumbre. La comunidad rural rusa, ó sea el *mir*, es, mirada desde arriba, una república en medio de la esclavitud general, es decir, en medio de una monarquía despótica, y mirada desde abajo es un tirano al cual nada está prohibido. El autor escocés Mackenzie-Wallace, cuya obra clásica sobre la Rusia ha sido utilizada en la presente, traza un cuadro de la vida que el aldeano ruso lleva en sus comunidades rurales. Este autor, que ha estudiado la cuestión durante seis años (1870 á 1875) en el mismo país, nos ha dejado la descripción mas completa y fiel que hay en la literatura (1). Con arreglo á ella, empezaremos por la tiranía que reina dentro de estas repúblicas aldeanas. Ningun labrador puede dar principio á segar la hierba ó labrar el barbecho antes que lo haya decidido la reunión del comun; ningun labrador puede entregarse á la bebida ó disminuir por otros vicios su fuerza tributaria sin hacerse punible ante la comunidad, á la cual corresponde suplir la deficiencia del trabajo que corresponde á cada individuo; ningun labrador puede ausentarse durante cierto tiempo de la aldea sin permiso de la comunidad, y ésta última no lo otorga sino cuando el aldeano puede dar suficiente seguridad de llenar sus deberes presentes y venideros; ningun aldeano puede trabajar aunque solo sea por corto tiempo en otra parte sin una autorización escrita que se le puede retirar á cada momento, no obstante que para obtenerla la ha de pagar muy cara. Las cadenas que ligan de esta manera á todos los aldeanos rusos á su comunidad local provienen de que todo el terreno de labranza y pasto pertenece á la comunidad y no á familias aisladas, y de que todas ellas son individual y colectivamente responsables de la contribución que cada comunidad ha de pagar anualmente al Estado.

En toda la Rusia están inscritos los varones de la población rural en las listas de contribución, que son revisadas de tiempo en tiempo. Cada comunidad posee una lista semejante, en la cual se hallan anotados desde el niño varon recién nacido hasta el anciano centenario, y cada año paga cada comunidad su contribución según el número de almas fijado en la última revisión. En Rusia la obligación tributaria es inseparable de la posesión territorial, y por lo mismo todo aldeano que paga contribución debe tener su parte correspondiente de campo y de pasto. Si la lista de individuos contribuyentes de la comunidad ofrece cien nombres de almas revisadas, ha de ser dividido el terreno comun en cien lotes, y cada varon que figura en estas listas revisadas ha de tener por la parte que le corresponde de las contribuciones, su parte en el terreno. La división y repartición del terreno comun corresponde á la comunidad, sin que sus decisiones admitan protestas ni de arriba ni de abajo. El gobierno no se cuida de la manera de hacer el reparto, y lo que llega al público relativamente á estos repartos solo se sabe por comunicaciones de particulares. Hay comunidades que dividen su territorio, al formar la lista revisada de contribución, en tantos lotes como individuos figuran en el censo revisado, y estas comunidades dan á cada familia tantos lotes como varones cuenta la familia. Este reparto continúa todo el tiempo que dura la lista. Esto á primera vista parece

(1) *La Rusia*, capítulo VIII. *El mir ó la comunidad rural*, página 137.

muy sencillo y lo sería también en realidad si la vida humana no tuviese el capricho de crear desigualdades y modificaciones que ni pueden calcularse ni evitarse. Las revisiones se efectúan á intervalos irregulares. Entre los años 1719 y 1875 solo se han efectuado diez revisiones de listas, de suerte que cada lista ha durado por término medio 15 años. Claro está que en el transcurso de quince años, solo por nacimientos y fallecimientos en cada comunidad y en sus familias, ocurren variaciones, que en tanto tiempo pueden transformar lo que al principio era perfectamente natural en la mayor injusticia; sin contar que la división por cabezas de varon ofrece ya por sí sola un motivo de injusticia. En efecto, con igual número de varones puede ser muy diferente el trabajo efectivo de una familia comparado con el de otra, porque si dos familias reciben, por ejemplo, por cada cinco varones cinco lotes del terreno, puede resultar una familia agraciada compuesta de un padre y cuatro hijos robustos y trabajadores, mientras resulta perjudicada otra que se componga solo de una madre con cinco niños pequeños. En el primer caso pasa la familia miseria, porque tiene poco terreno, y en el segundo caso también porque le sobra terreno para sus fuerzas y no puede pagar la contribución que le corresponde. A esto se agrega la productividad desigual del terreno. Muchas comunidades evitan esta dificultad dividiendo el territorio, no por el número de varones, sino por el de fuerzas disponibles en cada familia; otras en los cambios que ocurren trasladan ciertos trozos de terreno de una familia á otra, y finalmente otras comunidades repiten la repartición del terreno del comun con mayor frecuencia que la revisión de las listas de contribución. De todos modos las comunidades son dueños absolutos de su territorio y resuelven bajo la presidencia de sus ancianos, en asamblea libre del comun, el uso que quieren hacer de sus derechos, y la libertad que quieren, ó no, permitirse mutuamente. Tienen un poder tan ilimitado como si se hallasen en un Estado en el cual no hubiese ni czar ni funcionarios imperiales. Esta es, pues, la organización en que vive toda la población rural de la Rusia propiamente dicha; es decir, que cinco sextas partes de la población total de la monarquía viven en estas repúblicas organizadas democráticamente. En esta atmósfera, el ejército y la administración de la monarquía imperial son como la única nube preñada de tempestad que oscurece su horizonte, que oprime su respiración y que por algun rayo súbito envía desgracias y ruinas.

Esta ancha base de autonomía labriega fué utilizada por el emperador Alejandro II como base de la reconstrucción administrativa y de la justicia de toda la monarquía.

Un ukase del 1.º (13) de enero de 1864 ordenó el establecimiento de representaciones por distritos y provincias en toda la Rusia, exceptuando solo los gobiernos llamados occidentales, del Báltico, de Astrakan y de Besarabia (2). Estas corporaciones representativas, llamadas en ruso *semstvo*, eran nuevas tanto por su composición como por su misión, y la necesidad de su formación fué igual á una verdadera sentencia de muerte para la organización administrativa del Estado. En las corporaciones representativas por distritos ó provincias se reunían en primer lugar los representantes de la nobleza, de las ciudades y de los labradores bajo la presidencia del mariscal de la nobleza; en los distritos durante diez días en el mes de setiembre y en los gobiernos y provincias durante veinte días, á lo mas tarde en el mes de diciembre. Los miembros de las asambleas de distrito eran elegidos en asambleas particulares por los propietarios territoriales y de las comunidades urbanas y rurales. En la nobleza y en las

(2) Schulthess: *Calendario histórico*, 1864, págs. 284 y 285.

ciudades se acreditaba el derecho de elección por el censo, y en las comunidades rurales se debían nombrar primero los electores y éstos debían elegir luego á los representantes del distrito, generalmente de tal manera que á la nobleza correspondía una mitad de representantes y á las ciudades y labradores correspondía la otra mitad. Los miembros de las asambleas provinciales eran elegidos por tres años. Ambas corporaciones elegían por tres años comisiones permanentes de distrito y de provincias, que se componían de un presidente y dos miembros si eran de distrito y de un presidente y seis miembros si eran de provincia (1).

A estas asambleas y á sus comisiones correspondía desde luego todo el dominio económico y de la prosperidad, como el tesoro, los capitales y los impuestos del distrito ó bien de la provincia; la construcción y conservación de los edificios públicos y de las vías de comunicación, puentes, etc.; las disposiciones para asegurar la manutención de los habitantes, la previsión que exigían los establecimientos de beneficencia, los manicomios y las cárceles; la lucha contra la pobreza, la construcción de iglesias, el seguro mútuo contra incendios, el fomento del comercio y de la industria, la prosperidad de la instrucción y de la higiene pública, la prevención de las epizootias, las medidas preventivas para la seguridad de la siembra, etc. A todo esto se agregaban otros deberes, como el cumplimiento de las disposiciones de la administración civil y militar del distrito ó de la provincia, el empleo de los impuestos, comunicaciones y resoluciones de las autoridades en asuntos económicos. Esto ya no pertenecía á lo que en una monarquía suele entenderse por autonomía administrativa local, pues correspondía decididamente á la administración pública; pero si todo lo que hemos dicho era en sus respectivos distritos y provincias de la incumbencia de las asambleas y comisiones electivas, podía preguntarse qué es lo que quedaba para los funcionarios nombrados por el Estado. Para éstos quedaba lo concerniente al servicio militar, la recaudación de los impuestos y la persecución de los criminales. De esto resultó una división de trabajo administrativo como había existido en la Francia antigua en tiempo de las asambleas provinciales de 1787 (2); división que había completado en Francia la ruina de la administración monárquica. Todos los beneficios del poder público correspondían á los representantes del pueblo, y todas las obras odiosas y molestas quedaban para los órganos del Estado, que acabaron de desacreditarse del todo cuando las asambleas populares se enteraron de los secretos de la mala administración (3) y cuando por otra parte la misión de la administración pública se redujo cada vez mas á combatir contra la opinión pública.

El emperador coronó su obra con una reorganización de la administración de justicia que había indicado ya en el ukase del 29 de setiembre (10 de octubre) de 1862, pero cuya realización solo se efectuó en el año 1866, cuando se abrió el 8 de agosto en San Petersburgo el primer jurado. Jueces de paz electivos y jueces independientes que no podían ser ni destituidos ni trasladados; procedimiento verbal, publicidad de las causas y sentencias, y jurados para todos los asuntos criminales, fueron las grandes garantías de la justicia imparcial, que el emperador copió del Occidente y quiso trasladar con todos sus beneficios á Rusia.

Cuando el emperador rompió resueltamente de esta manera con la Rusia antigua, conservaba todavía la confianza en el pueblo y el arrojo y aun la temeridad que le había guia-

(1) Wallace: *Russia*, págs. 247 y siguientes.

(2) Sobre la administración autónoma local del *Semstvo*, véase Wallace: *Russia*, pág. 247.

(3) Stepiak: *La Russie et les Czaars*, Paris, 1881.

do hasta entonces. No había experimentado ninguna decepción á pesar de haberse efectuado ya una primera tentativa contra su vida por Demetrio Karakasoff el 16 de abril de 1866, tentativa que había descubierto súbitamente los movimientos de la *Rusia subterránea*, presa de un fanatismo irreconciliable. La verdad es que las innovaciones del emperador no fueron agradecidas: lo que habían tenido de útiles y saludables se había admitido como forzoso é indispensable, y lo que pareció imposible ó malo, fué condenado sin misericordia. La misma Rusia que al principio había parecido una comunidad llena de júbilo, de esperanza y de confianza entusiasta, tomó luego el aspecto de un ejército que ha perdido una batalla y cuyos jefes apuran toda su inteligencia en hacer tristes esfuerzos para culparse mutuamente de la derrota.

Nadie había esperado que la nobleza se reconciliara fácilmente con la supresión de la servidumbre, que se le había ordenado y que le quitaba de un golpe la libre disposición de las fuerzas obreras para la explotación de sus fincas, pero en cambio se había contado con la alegría y gratitud de los libertos; y sorprendió mucho el ver que en lugar de alegría y gratitud, se recogían solo desengaños, rencor, odio y descontento en la generalidad. No obstante, esto era muy natural.

Los siervos libertados se mostraron descontentos desde luego cuando en lugar de concederles todo el territorio de sus amos, se les concedió solo una parte como terreno del comun. Habían esperado lo primero, conforme al adagio labriego: «Somos propiedad vuestra, pero el país es propiedad nuestra.» Se aumentó su descontento al ver que tenían que compensar con su trabajo la prestación del servicio personal, en virtud de un pacto según el cual quedaban todavía obligados temporalmente; y se irritaron mucho mas cuando se les obligó á comprar el terreno del comun, que se les había ya cercenado demasiado, y que todavía debían adquirirlo de aquellos que en su concepto ningun derecho tenían á él. La nueva libertad no era, pues, un fruto que podía recogerse sin trabajo, sino que había que conquistarla con trabajo y dinero, y hasta entonces quedaba el labrador sometido, aunque bajo otro nombre, á la misma servidumbre, agravada por un nuevo impuesto. Wallace ha calculado que corresponden á todo varon nueve y medio rublos por impuestos públicos, locales y del comun, y admitiendo que cada familia tenga por término medio unas dos y otras tres varones, le tocan veintitres y tres cuartos de rublo, ó sea sesenta marcos, ó trescientos reales de contribución directa, lo que constituye una carga muy gravosa para la mayoría de las familias labradoras. Pues bien, á esto se agrega el impuesto para el aprovechamiento del comun, que se reparte entre los contribuyentes y que produce en las diferentes partes del país gravámenes diversos. Como estos impuestos se han de pagar anualmente, los labradores sufren una doble presión que les impide enteramente (4) mejorar su posición, y aun ésta se empeora de año en año sobre todo en la zona septentrional de cultivo, que no puede compararse de ninguna manera con la feracidad de la zona meridional ó de la llamada *tierra negra* (5). En una palabra, la supresión de la servidumbre no ha ahorrado ni siquiera facilitado al labrador ruso la lucha por la existencia, y muy al contrario, la ha dificultado notablemente. Contra este escollo se estrellaron las ilusiones de los que esperaban

(4) En 49 años ha de estar efectuada la desamortización. El gobierno ha adelantado las sumas necesarias, que en 49 años han de ser amortizadas con el seis por ciento de intereses; de suerte que los aldeanos rusos solo en el siglo XX llegarán á ser propietarios libres de su terreno. Leroy-Beaulieu: *L'Empire des Tsars et les Russes*, 1887.

(5) Wallace, págs. 474 y 475.



el súbito renacimiento de los aldeanos rusos y de las cualidades y aptitud antes ocultas que les atribuía la imaginación de los liberales. Al aldeano ruso no le llegaron de la noche a la mañana la inteligencia y la práctica ni para su administración autónoma, ni la justicia popular que suponía la nueva ley; y después de diez años de espera los mismos optimistas perdieron el valor, confesando con profundo sentimiento que los aldeanos libres bebían todavía más aguardiente que antes y trabajaban menos que cuando todavía eran siervos; que la vida pública en las asambleas populares de aldea estaba á merced de los parlanchines y vocingleros, y que entre tanto en los tribunales de jurados se vendía el derecho por dinero y aguardiente. Las personas decentes se retiraron de los cargos del comun y en muchas comarcas se hizo corriente el adagio: «El que se hace juez carga con un pecado.» Todos



Katkoff (de una fotografía)

los aldeanos viejos á quienes oyó Wallace sobre la degeneración de las asambleas de aldea, sobre el abuso de la explotación del terreno del comun y sobre el progreso de la anarquía en su administración, acababan sus lamentaciones con estas frases: «Ya no hay orden; la gente se ha corrompido, y en tiempo de los señores era mejor (1).»

Muy doloroso fué el desengaño que á la población ilustrada de Rusia dieron la ingratitud y el odio de la población ignorante; pero mucho más sensible fué el que la gente ilustrada se proporcionó á sí misma cuando engendró el nihilismo.

El mejor escrito que poseemos sobre la *Rusia subterránea* y sobre su religión, el *nihilismo*, empieza con estas frases: «Turguenieff, el novelista, que en sus escritos vivirá seguramente generaciones, se ha hecho inmortal con la invención de una sola palabra. El fué quien inventó la palabra *nihilismo*. Esta palabra fué usada primeramente en sentido de desprecio, pero después fué adoptada por aquellos contra los cuales se usó y que la admitieron por orgullo de partido, como ha sucedido muchas veces en la historia. Este hecho no sería digno de mencionarse siquiera si el partido que en Europa lleva el nombre de nihilista no fuera cosa muy distinta del partido al cual se daba en Rusia este nombre. El primitivo nihilismo fué un movimiento filosófico y literario que floreció en Rusia entre los años 1860 y 1870, al principio de la abolición de la servidumbre. Este movimiento se

(1) Wallace, página 669; Leroy-Beaulieu, tomo II, páginas 336 y 337.

ha extinguido por completo, quedando de él solo algunos vestigios que van desapareciendo rápidamente; pero atendida la vida agitada de los últimos años en Rusia, un decenio puede equipararse á un período de treinta á cincuenta años. El nihilismo fué la lucha por la emancipación intelectual de toda clase de dependencia, y siguió el mismo paso que los esfuerzos para libertar de la servidumbre á las clases obreras. La idea fundamental del nihilismo, propiamente dicho, fué un individualismo absoluto; fué á nombre de la libertad individual la negación de todos los deberes que imponen al individuo la sociedad, la familia y la religión; fué la sublección apasionada y potente, no ya contra el despotismo político, sino contra el despotismo moral que pesa sobre la vida privada del individuo. Sin embargo, hay que confesar que nuestros predecesores prestaron á estas luchas, completamente pacíficas, el mismo espíritu y el mismo fanatismo belicoso que distinguen al movimiento actual.»

Así se expresa uno de los mejores escritores nihilistas de San Petersburgo, el ex-teniente de artillería Krawchinsky, que publicó antes el periódico clandestino: *País y Libertad*, y que después, estando expatriado, dió á luz la obra: *La Rusia subterránea*, la cual se utiliza también aquí (2).

La novela en la cual Ivan Turguenieff aplicó el nombre de nihilismo á la enfermedad de la época que sufría la juventud académica de su país, tiene por título: *Padres é hijos* y fué publicada por primera vez en julio de 1861, y se insertó también en marzo de 1862 en un periódico mensual que publicaba entonces con el título de *El Mensajero Ruso* el catedrático Katkoff, tan conocido después. El héroe que personifica en la novela al nihilismo es un joven médico llamado Basaroff, que había leído en la obra de Buchner: *Fuerza y materia*, que todo lo que se dice del mundo inmaterial no es más que superchería, y que por su estudio especial adquirió la convicción feliz de que los hombres son iguales y no valen más que las ranas que se cogen en el pantano para estudiarlas anatómicamente. Lo que no puede descubrir el médico con el escalpelo, lo que no puede percibir por medio de sus sentidos, no existe para el médico. «¿Quién es tu amigo? pregunta el tío á su sobrino, Arkadi Kirsanoff, que ha traído de la universidad á Basaroff.—Es un nihilista, contesta el sobrino. Nihilista es el hombre que no se inclina ante ninguna autoridad y que no admite por la pura fe ningún principio, por grande que sea la opinión que goce entre los hombres.» Este es el punto de vista de los *hijos de la narración*. El punto de vista de los *padres* lo explica el tío en estas palabras: «Nosotros, los viejos de otro tiempo, opinamos que el mundo no puede existir sin principios que se admitan según tú dices por la fe, pero vosotros habeis cambiado todo esto. Antes teníamos hegelianos, y ahora tenemos nihilistas. Ya veremos cómo podreis existir en la nada ó sea en el vacío, como quien se halla debajo de una campana neumática.» El padre de Arkadi, Nicolás Petrowitz, y el tío, Pablo Petrowitz, están trazados con gran cariño, tanto en la cordedad de sus opiniones como en la nobleza de sus sentimientos y en la bondad de su corazón, cuyas cualidades, por supuesto, solo excitan una sonrisa de desprecio en los *hijos*, conforme dice Basaroff: «Tu padre es un buen hom-

(2) Esta obra fué publicada primero en italiano: *Russia sotterranea* (Milan). Tengo á la vista una traducción inglesa titulada: *Underground and Russia. Revolutionary profiles and sketches from life. By Stepanik formerly editor of Zemlia i volia (Land and liberty). With a preface by Peter Lavroff translated from the italian* (segunda edición, Londres, Smith, Elden y C.ª, plaza de Waterloo, n.º 15), 1883, tomo XVI, página 295. Sobre la literatura de los nihilistas véase Alfonso Thun: *Historia del movimiento revolucionario en Rusia*, Leipzig, 1885, y Carlos Oldenberg: *El nihilismo ruso desde sus comienzos hasta el tiempo actual*, Leipzig, 1888.

bre; pero su sitio está en un desván; ya no se le escucha. Anteayer estaba leyendo á Puchkine. Hazle comprender que esto ya no corresponde á él; ya no es niño, ya es hora de arrojar esos libros á un rincón. ¡Qué afición á lo novelesco! Hazle leer un libro racional. — ¿Cuál libro podría dársele? — Me parece que podría principiarse por el libro de Buchner *Fuerza y materia*. — También he pensado lo mismo. Esta obra está escrita en lenguaje popular.» Dicho y hecho. Apenas vuelve el hijo á encontrar á su padre con el Puchkine en la mano, cuya obra (*El gitano*) acaba de empezar, se lo quita con amable y compasiva sonrisa y le pone en su lugar otro libro, que resulta la novena edición de la obra de Buchner. Hecho esto, sale el hijo de la estancia con la obra de Puchkine. Este es el preludio de una discusión apasionada en la cual el novelista expone todo un período de civilización.

«No os comprendo, dice el tío. Insultais al pueblo ruso. No comprendo cómo es posible vivir sin reconocer principios. ¿Qué es lo que os guía en esta vida? — Ya os he dicho, tío, dice Arkadi, que no reconocemos ninguna autoridad. — Nos guía, dice Basaroff, lo que nos parece útil; por ahora nos parece útil negarlo todo, y así negamos. — ¿Todo? — Todo. — ¡Cómo!, es decir, no solamente la poesía y el arte sino también, no me atrevo á decirlo.... — Todo, repitió Basaroff con la mayor tranquilidad.»

Pablo Petrowitz mira á su interlocutor estupefacto, y Arkadi se sonroja de alegría. «Permitid que os diga, vuelve á observar Nicolás Petrowitz, que al negarlo todo lo destruis todo. Pero es menester también reconstruir. — En eso no nos metemos... Por lo pronto hay que despejar el camino. — No, no, exclama Pablo Petrowitz acalorándose súbitamente. No quiero creer que vuestra opinión acerca del pueblo ruso sea exacta. No; el pueblo ruso no es como vosotros creéis. Tiene un respeto sagrado á la tradición, es patriarcal y no puede vivir sin fe. ¿Acaso creéis que vuestras opiniones son nuevas? En esto os engaños, El materialismo que predicais ha estado de moda más de una vez y siempre ha resultado imposible...»

— Eso de materialismo es una palabra extranjera, le interrumpe Basaroff, y además debo deciros que no tenemos la costumbre de predicar. — ¿Pues qué haceis? — Os lo diré. Hemos principiado por llamar la atención sobre la venalidad de nuestros funcionarios, la falta de comunicaciones, de comercio y de industria, y sobre el estado lamentable de nuestra administración de justicia. — Sí, sí, sois acusadores; este creo que es el nombre que se os ha dado. Muchas de vuestras acusaciones son justas, pero... — Y luego vimos que no bastaba charlar continuamente de las heridas que nos aquejan, pues esto solo conduce á vulgaridades y al doctrinarismo: vimos que hasta personas inteligentes, como los llamados hombres del progreso y los acusadores, no sirven para nada; que nos ocupamos en tratar de necedades, por ejemplo del arte por el arte, de la fuerza creadora inconsciente, del parlamentarismo, de la abogacía libre y de otras puerilidades semejantes, mientras tenemos que trabajar por el pan diario, mientras la superstición más crasa nos ahoga, mientras todas nuestras sociedades industriales quiebran, y lo que es peor únicamente por falta de gente honrada; mientras la misma abolición de la servidumbre, de la cual se cuida el gobierno con tanto afán, acaso no nos traiga nada bueno, porque nuestros labradores se bastan ellos solos para robarse á sí mismos y para beber en la taberna el veneno, el aguardiente.

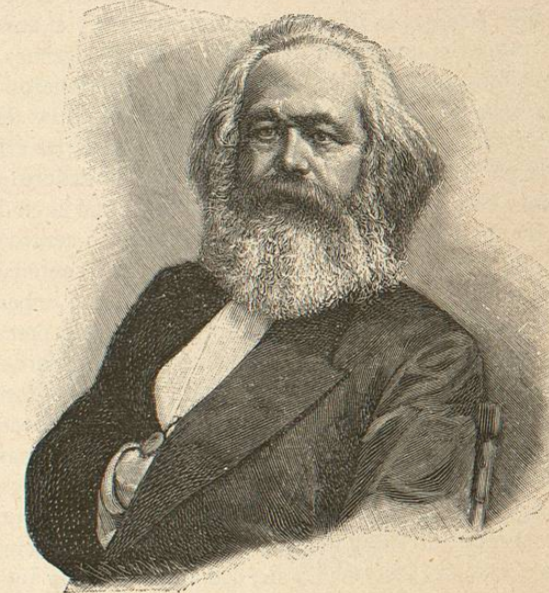
— Todo eso está muy bien, dice Pablo Petrowitz, todo eso habeis descubierto, y sin embargo no os encontrais resueltos á emprender algo serio.

— Y no estamos resueltos á emprender algo serio, repite Basaroff frunciendo el ceño, y arrepentido al parecer de haberse explicado tanto delante de aquel aristócrata.

— Y os limitais á prorrumpir en denuestos. — Ciertamente, solo nos desahogamos con denuestos. — ¡Y esto se llama nihilismo! — Y esto se llama nihilismo, repite otra vez Basaroff, pero esta vez en tono amenazador.»

Aquí nos hallamos en el punto en el cual se separó entre los *hijos* una rama más joven de la generación más vieja.

El nihilismo negaba todo lo que existía y lo que era admitido, y por lo mismo no podía negar á nadie el derecho de querer y preparar la revolución general; pero negaba el deber de hacer la revolución. Para la obra de revolución y de reconstrucción era menester tener fe en la posibilidad de una mejora, y el nihilista no tenía fe en nada. Era preciso someter la voluntad propia á la voluntad general del partido, es decir, del pueblo, y el nihilista proclamaba la indepen-



Carlos Marx (de una fotografía)

dencia absoluta personal. El nihilismo antiguo era, como dice Stepanik, el individualismo, y á éste corresponde el destino final de los nihilistas en la novela de Turguenieff. Los dos jóvenes se enamoran, el uno con éxito y el otro sin él; el uno vive casado y feliz después de haber abjurado sus necios errores juveniles, y el otro muere como médico de un envenenamiento de la sangre, sin haber hecho en favor de la nueva Rusia más que hablar. Este resultado fué probablemente el que atrajo sobre el poeta las iras de la generación joven, cuando pasó del nihilismo de la frase al nihilismo de la obra y del individualismo al socialismo.

Este paso se efectuó por los años 1863 y 1864 bajo la influencia de Fernando Lassalle, en la época del movimiento obrero; cuando el levantamiento de la democracia social alemana; cuando la *Internacional* celebró sus triunfos presidida por Carlos Marx desde 1864, y cuando la *Commune* de París tuvo en el año 1871 su lucha de agonía; sucesos que fueron explicados á la juventud rusa por dos agitadores fanáticos, el anciano Miguel Bakunine y el joven Pedro Lawroff, director de la hoja *Adelante*. El primer centro de la prensa revolucionaria socialista de los rusos fué Ginebra, pero su alta escuela fué la universidad de Zurich, á la cual envió la Rusia grandes bandadas de estudiantes de ambos sexos.

Como la lucha por la emancipación de la mujer se había confundido, según Stepanik, con el derecho á la ilustración, y como en Rusia no existían ni colegios ni universidades que admitieran estudiantes del bello sexo, las rusas se vieron obligadas á buscar en lejanos países el saber que les negaba su propio país. La Suiza libre, que no rechaza de sus fronte-